

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN

Por NORBERT ESZLINGER

¿Libertad, unidad, justicia?

En el otoño de 1989 yo era un adolescente de 13 años, inconforme con el sistema político que imperaba en la República Democrática Alemana (RDA). A pesar de mi juventud, pude vivir de forma muy intensa el proceso que comenzó aquel mismo año, del cual ya han pasado dos décadas.

En este tiempo la situación en la Alemania reunificada en gran medida se ha normalizado, después de una euforia inicial y de la consiguiente depresión que provocó el intento de armonizar la vida en las dos Alemanias. Sin embargo, dicha normalidad no significa que se hayan logrado las mismas condiciones de vida para todas las personas en el Este y el Oeste del país, por no hablar de la historia -que superada en mayor o menor grado- es especialmente desigual en ambas partes.

Basándome en las consignas de *libertad, unidad y justicia*, que tuvieron una importancia primordial en el momento de la caída del Muro, intentaré hacer un inventario subjetivo de algunos aspectos que considero importantes. La realidad es, por supuesto, mucho más multiforme y determinada por la nueva vida laboral, por la vivencia emergente de la solidaridad social, por la despampanante confrontación con las consecuencias de la libertad y otros aspectos.

¿Libertad?

Quienes han vivido mucho tiempo anhelando la libertad y la han logrado obtener, podrán compartir una experiencia común: cuanto más cerca se está de la meta, cuanto más se aproxima uno realmente a la misma, tanto mayor es la impaciencia. El tiempo que queda por esperar, que en comparación con el ya soportado, promete ser mucho más

corto, aparenta, no obstante, superar a aquél de forma interminable.

En la retrospectiva, esto parece ser muy válido para la RDA en el momento inmediatamente anterior a la caída del Muro. El ansia de libertad iba en aumento, en particular en la gente joven, de modo paralelo a la idea cada vez más concreta de lo que pudiera significar la libertad.

Cuantas más perspectivas abarcaban, por ejemplo, las emisiones del programa de las poco antes creadas televisión (Canal elf99), o radio juveniles (emisora DT64), cuantas más críticas parecían las aportaciones, tanto mayor se hacía el ímpetu de vivir la libertad. La libertad de la que se habla aquí no

más a menudo públicamente (de forma más o menos evidente) por su nombre, fue poniendo en marcha un éxodo, quizás irracional, de miles de ciudadanos de la RDA. Una oleada de gente, aparentemente interminable, se movía por Checoslovaquia y por la República Popular de Hungría, a las que ya se podía viajar legalmente, para desde allí pasar a Austria y posteriormente a la Alemania occidental. Se aceptaba con ello la ruptura de familias y la pérdida de todo tipo de bienes materiales.

No obstante, hubo quienes no huyeron y decidieron buscar esas libertades dentro de la RDA. Hay que destacar aquí a los grupos defensores de los derechos cívicos (encabezados por



se limita a la tan nombrada libertad de circulación, comprende antes bien, la libertad de expresar la opinión propia, sin miedo a posibles consecuencias, la libertad de practicar una religión, sin tener que contar con desventajas y, no hay que olvidar, la libertad de consumo, bien sea de música, arte, artículos diarios u otras cosas.

Estas libertades, vistas cada vez con mayor claridad y llamadas cada vez

artistas, intelectuales y representantes de las Iglesias), que ante todo querían alcanzar una reforma del sistema. Los movimientos de derechos cívicos creados por ellos, en primer lugar el *Neues Forum* (Nuevo Foro), dirigidos por la pintora Bärbel Bohley, al igual que el *Demokratischer Aufbruch* (Despertar Democrático), en torno a los sacerdotes Rainer Eppelmann y Friedrich Schorlemmer, y la *Böhlener Plattform*

(Plataforma de Böhlen), en torno a marxistas como Thomas Klein, perseguían la misma meta: la creación de un socialismo más democrático, a pesar de diferir fundamentalmente en cuanto al camino a seguir.

Todos estos movimientos querían elecciones libres, la libre expresión de la opinión y la libertad de reunión, que de hecho no existían, aunque estaban garantizadas por ley. Todas estas libertades se alcanzaron finalmente, aunque de una forma que nadie había previsto. A menudo surge la impresión de que todo ocurrió de un día para otro, pero no fue así.

Los primeros tiernos brotes de libertad fueron cuidados, protegidos y plantados con grandes esfuerzos (sobre todo de organización) y con un riesgo extremo. Las primeras reuniones semi-públicas de los críticos del sistema tuvieron lugar casi en su totalidad en las iglesias. Debo poner el ejemplo de la especial importancia que en tal sentido desarrolló la iglesia de San Nicolás, de Leipzig. Desde estos lugares de reunión se fueron atrayendo a una cada vez mayor masa de pueblo, que comenzó a reclamar el derecho de manifestación, en forma de marchas silenciosas.

También surgieron, posteriormente, marchas radiales que cada lunes, a una hora determinada, conducían al pueblo desde los diversos puntos de reunión hasta un punto de reunión central. Por ironía del destino, ese punto central era una escultura en bronce, de gran dimensión, de la cabeza de Carlos Marx, detrás de la cual se leía en múltiples lenguas el postulado central del *Manifiesto Comunista*: "Proletarios de todas las naciones, uníos". Y eso era justo lo que hacían en toda la RDA miles y miles de personas todos los lunes en las manifestaciones pronto institucionalizadas.

Todavía hoy siento un escalofrío por la espalda cuando pienso en todo aquello. Todas esas personas hacían un recorrido de varios kilómetros, con velas en las manos y en absoluto silencio. Cuando los primeros llegaban de nuevo al punto de partida todavía podían ver cómo los últimos acaban de salir. Al final siempre una voz rompía

el silencio: "¡Qué lleguen bien a casa y hasta el lunes próximo!". Y todos regresaban a casa, con una sensación solemne indescriptible que se entremezclaba con miedo. Pero así se conquistó la libertad de reunión y, en consecuencia, la libertad de expresión. Las manifestaciones con arengas y gritos vinieron más tarde.

Estas libertades se ampliaron el 9 de noviembre, con la caída del Muro, permitiendo una amplia y rápida libertad de circulación que logró su mayor esplendor en la interacción entre las dos Alemanias y en la reunificación. Con la reunificación se consiguió, a nivel de política de Estado, por primera vez desde 1945, la soberanía total sobre todos los asuntos internos y externos, lo cual perdura hasta hoy.

Otra cosa ha sido la cuestión de la libertad individual. Las hasta ahora nombradas libertades conciernen a todos y por tanto se consiguieron de forma. Sin embargo, la libertad individual, sólo limitada por la libertad del otro, a muchos alemanes del Este les llegó mal preparados, por decirlo así. Se abrieron posibilidades de elección inesperadas, que exigían decisiones, casi siempre a corto plazo, casi siempre unidas a riesgos.

Para un número grande de alemanes del Este la demanda de consumo fue ciertamente una gran trampa seductora. Lo ahorrado con dificultad, ya desde antes de la reunificación, se cambió en el mercado negro en condiciones de usura (1x10) y se les derriñó entre los dedos. Después de la reunificación se tomaron créditos en condiciones similares para comprar, en el llamado mercado libre, por ejemplo, coches usados, excesivamente caros, transportados al Este por miles desde el Oeste de Alemania. Para lograr algo de seguridad en esta **jungla de libertades**, se firmaron también seguros **dudosos**, que en parte trajeron consigo cuotas abrumadoras. La libertad se presentó para algunos –en el mejor sentido *sartreano*– como castigo, que encontró y, en parte sigue encontrando, su expresión material en un conjunto excesivo de deudas, y por tanto, en una sensación de impotencia. Estos fenómenos atañen, por supuesto,

sólo a parte de la actual población alemana: a la del Este. Por ello, muchos alemanes del Este han decidido estudiar o trabajar en el Oeste, son tantos los que se marcharon que han surgido algunos pueblos llamados fantasmas. No obstante, es preciso aclarar, la infraestructura cada vez mejor y las subvenciones de nuevas empresas en el Este de Alemania están contribuyendo a una cada vez mejor situación en el mercado laboral. Igualmente cada vez son más los jóvenes, de los viejos estados federados del Oeste, que tienen interés en estudiar en una universidad del Este del país, de modo que cabe esperar que los problemas aquí descritos sean en su mayor parte problemas generacionales y que las libertades existentes sean en el futuro mejor aceptadas. En un futuro más o menos próximo la libertad individual podrá significar en toda Alemania un beneficio y no un castigo.

¿Unidad?

La solidaridad se transmitía también como un valor importante en la RDA, por ejemplo en el marco de la solidaridad con Cuba o Nicaragua. También la solidaridad mutua era algo que se enseñaba desde la escuela. Existía la Asociación Benéfica de la RDA, llamada *Volkssolidarität* (solidaridad del pueblo), que sigue existiendo hasta hoy con ese nombre. Sin embargo, la solidaridad deseada oficialmente no era ilimitada, sólo iba dirigida a los individuos conformes con la ideología, es decir, tenía unos motivos más bien tácticos que altruistas.

No obstante, en el día a día la solidaridad y el apoyo mutuos desempeñaban un papel importante, en particular para aliviar la escasez general de bienes. Ayudar al otro era a menudo poder contar con la ayuda del otro. El pueblo del Este se sabía unido por una dependencia mutua, se compartía el mismo destino y en épocas de crisis se podía unir, y de hecho esto sucedía.

Por otra parte, desde el punto de vista más político, la simple presencia de una gran masa humana que sin palabras se reunía –como expliqué anteriormente– para solicitar cambios en



el sistema, generaba una unidad impresionante. En esa concienciación robustecida de unidad se formó un primitivo credo unitario que rezaba: “nosotros somos el pueblo”, que brotó muchas veces de miles de gargantas, cuando las manifestaciones de los lunes ya se habían convertido en costumbre y la intervención de unidades (para)militares parecían cada vez más improbables. Los ciudadanos de la RDA conocían desde antes esa sensación de andar con la masa; sin embargo, demostrar **unidad** por libre decisión y de manera activa era algo nuevo para la mayoría.

Más tarde el mensaje se alternaba con otros gritos como: “Alemania, madre patria **unida**”. La campaña a gran escala de los años 2005 y 2006 nombrada “Tú eres Alemania” ya había sido llevada a la práctica en la RDA en otoño de 1989. Solidaridad oficial o manifestaciones de solidaridad con el mismo lema no hubo entonces en el Oeste de Alemania. Cabe preguntarse por qué a un lado de la frontera se anhelaba la unidad de forma general, mientras de la otra parte sólo opiniones individuales (de amigos, conocidos o parientes) dejaban entrever una alegría anticipada. Aunque una explicación monocausal sería demasiado simple, la diferencia por razones de una socialización colec-

tiva frente a una socialización más bien individualista puede desempeñar un papel importante. Si esta suposición fuera cierta, ofrecería una explicación para la creciente añoranza de la antigua convivencia en la RDA. La unidad territorial se logró con el derribo del Muro físico hace 20 años, pero el **muro en las cabezas** sigue impidiendo la unidad plena de la población.

El **muro en las cabezas** (o fragmentos del mismo) se expresa hoy en las diferencias consideradas **injustas** que aún se observan entre los alemanes orientales y occidentales. Algunas de estas injusticias existen realmente (como puede ser: menor salario para un alemán del Este por el mismo trabajo), otras sólo en la imaginación (como por ejemplo: la idea extendida todavía en la Alemania del Oeste de que el suplemento de solidaridad para la reconstrucción del Este sólo se descuenta del sueldo de los occidentales). Como es posible apreciar, aquí también, en el tema de la unidad, al igual que en relación con la libertad, nos queda mucho camino por andar.

¿Justicia?

Las siguientes reflexiones tratan acerca de la cuestión de la justicia en

el trato de las personas entre sí. Una de las importantes reivindicaciones en la última fase de las manifestaciones de los lunes fue el reclamo de castigo para los declarados responsables de la situación: cuadros de mando e ideólogos, así como colaboradores del servicio secreto (Stasi). Las exigencias de castigo eran entonces, y siguen siendo hasta hoy comprensibles, porque muchas veces se considera a la justicia como condición previa para la reconciliación. En este aspecto se desperdiciaron muchas oportunidades, tanto a nivel político como individual, como ilustraré a continuación en dos ejemplos abreviados.

Referido a la RDA como un todo y a las élites en especial, hay que considerar casi totalmente fracasado el manejo de las cuestiones históricas. Ni las Comisiones *Enquete*, creadas en los años noventa, ni la heredera de estas: la Fundación para la Investigación de la Dictadura, han sido eficaces en el esclarecimiento de la verdad. Los resultados no se dan a conocer de manera suficiente o son retenidos conscientemente. Por eso, para muchos, en la antigua RDA se mantiene una sensación de injusticia, lo que perjudica la reconciliación en general, y –por tanto– también la reconciliación con la propia historia. En relación con el análisis de los documentos del servicio secreto surge incluso una reserva más: una propuesta del Partido Liberal de inspeccionar a todos los diputados del Parlamento de la Alemania occidental a partir de 1949 fue rechazada hace poco, lo que provoca en algunos mucha suspicacia y cierta inseguridad.

A nivel personal, el esclarecimiento de la verdad, la aplicación de la justicia y la reconciliación, se perfilan igualmente difíciles y sólo en parte son coronados por el éxito. El examen de las actas personales elaboradas por el Servicio Secreto posibilita a todos verificar el temido o presumido espionaje al que un día fueron sometidos. Tuve a menudo la ocasión de oír las actas de conocidos. De especial interés es una lista con los apodos de los colaboradores no oficiales, que organizaban y dirigían la vigilancia. Esta lista comprende, junto a los apodos, también

una columna con los nombres reales de las personas correspondientes (siempre que hayan sido ya desenmascaradas por la autoridad competente). La verdad se hace patente a ojos vista.

En tal sentido, puedo dar testimonio de la visita de una víctima, amiga de mi familia, a uno de sus antiguos amigos, al que confrontó con la realidad de haber sido vigilada por él durante años. Este no tuvo la integridad de aceptarlo y lo negó rotundamente. Actitudes como estas nos colocan frente a la cuestión de si el implicado es capaz de reconocer su culpa ante sí mismo y ante la víctima, como lo hizo san Pedro en su día según la tradición. Este tipo de sucesos no son casos aislados y destrozan amistades y relaciones de confianza de muchos años. Por tal motivo, algunos renuncian a echar una ojeada a dichos documentos para no hacerse de enemigos donde había amigos y crear desconfianza donde había confianza.

La realidad se presenta tan compleja que se hace necesario reconocer la dificultad para conseguir la justicia

anhelada, tanto a nivel individual como social. Esto no es un alegato para una amnistía general en el ámbito público o privado, sino el intento de aclarar que la justicia no puede ser condición previa para la reconciliación, que la justicia (bien se perciba subjetivamente o con un fundamento jurídico social) no lleva necesariamente a la reconciliación. Es necesario estudiar con mucha amplitud y cuidado la relación entre reconciliación y justicia, y cuál habrá de ser la metodología adecuada para gestionar la mejor realización de tal binomio.

Resultado y perspectivas

“Unidad, Justicia y Libertad para la patria alemana, eso persigamos todos fraternalmente con el corazón y la mano“, así empieza el himno nacional alemán. Debe quedar claro que a pesar de todo lo conseguido con el cambio iniciado en 1989, con la necesaria y justa reunificación de Alemania, todavía quedan grandes esfuerzos que realizar para conseguir estos ideales.

El enorme júbilo por la reunificación ha cedido el paso, 20 años después del ardiente noviembre invernal de 1989, a la frustración, ya sea porque las labores no terminan o porque no se han realizado de la forma debida, convirtiéndose en un quehacer rutinario que no basta para realizar la reunificación y erradicar las diferencias. Esta rutina contrasta con el optimismo desbordante de muchos durante el cambio, cuando todo les parecía posible. La realidad ha corroborado que la libertad de circulación sólo sirve de algo cuando se puede uno permitir económicamente viajar, que los estantes repletos no sustituyen un cierto nivel básico de solidaridad, que la utilización de la libertad de expresión puede tener en ocasiones consecuencias autodestructivas, que la libertad de trabajar puede no servir de nada si se está en paro...

